



Alfredo Bastos, S. J.

El misterio de Cristo

Si imaginamos la Divinidad como una esfera, diríamos que el Dios inmenso y eterno, gravitando por la Encarnación sobre un punto de la Historia, ha desbordado el espacio y el tiempo. Es demasiado peso sobre nuestra pobre historia humana para que el Dios-Hombre se mantuviera cerrado en los límites pequeños de Palestina y de los tiempos de Augusto y Tiberio (1). Cristo se prolonga a través de los siglos y a través

de las naciones. Todos los que han ligado su suerte a la de El por la fe y por la gracia, han quedado "cristificados", contagiados de Cristo, han entrado a formar parte de la gloriosa porción de la humanidad sobre la que ha recaído el destino de ser prolongación de la Encarnación, de ser Cuerpo de Cristo, vivificado con la misma vida de Cristo.

Este es "el misterio escondido desde el origen de los siglos en Dios" (2) y revelado a nosotros, éste es el misterio de Cristo.

Todo hombre al abandonar este mundo, deja aquí su recuerdo, sus empresas... pero no su vida. Sólo en Cristo existe el misterio insondable de que al abandonar este mundo, ha dejado en él su vida, ha empezado a vivir en él una vida escondida, pero profunda y luminosa en el interior de los suyos. El grano de trigo entero permanece sólo; únicamente se convierte en fuente de vida cuando se entierra y se deshace (3). Después de su muerte (4), como la semilla enterrada, empezó a brotar la vida de Cristo y a invadir a todos aquellos que se acercaban a El. Entonces empezó a vivir más hondamente, más íntimamente en lo escondido del ser de ellos.

Somos Cristo

Un doble estadio tiene por consiguiente la vida de Cristo. Uno visible que tiene por marco histórico y geográfico Augusto-Tiberio y Palestina, otro invisible y místico (5), que empieza con su muerte y se prolonga a través de los tiempos y en cuya corriente hemos sido cogidos nosotros.

Y este inmenso Cristo, palpitante de vida misteriosa en cada uno de los cristianos, que se extiende a lo largo de la historia en todos aquellos que van quedando contagiados de su vida, ese inmenso Cristo, somos nosotros, somos la Iglesia. No somos sólo un cuerpo de hombres a los que nos une un mismo amor a Cristo, o sobre el que Cristo ejerce su acción desde fuera, no; somos un cuerpo de hombres, dentro del cual vive Cristo, por cuyo interior circula la vida de Cristo y al que mueve el Espíritu de Cristo desde dentro. Somos Cristo. El peso infinito de la Divi-

(1) Naturalmente no queremos decir que fuera estrictamente necesaria esa expansión.

(2) Efesios III, 9.

(3) Juan XII, 24.

(4) Este «después» puede no ser estrictamente cronológico. Para Dios y su actuación salvífica no cuenta el tiempo.

(5) Aclaremos que *místico* no es sinónimo de *vaporoso*, *semireal*; sino de *misterioso*, *oculto*, pero realísimo, palpitante de riquezas insospechadas.

nidad al descansar sobre la tierra, ha desbordado los tiempos y las naciones.

El Hijo de Dios ha entrado en el mundo, no como un hombre que haya caído del cielo. Ha nacido, como nosotros, de una mujer de nuestra familia humana. Es nuestro hermano. La Virgen es ese punto tangencial en el que la infinita grandeza toma contacto con nosotros. Por María Cristo ha entroncado con la humanidad, pertenece plena y totalmente a nuestra miserable y gloriosa humanidad. Es uno de nosotros. Su muerte y su vida son nuestras porque El se ha hecho nuestro. Se ha introducido entre nosotros como un imán en un campo de polvo de hierro. Al instante se forma un sólo cuerpo compacto alrededor, atravesado por su misteriosa corriente. Somos cuerpo de Cristo atravesado por la misteriosa corriente de su vida. Como los sarmientos y la vid, como las ramas y el tronco, como los miembros y la cabeza, como una gran familia: la familia de Dios en Cristo.

La vida de Cristo palpita en nosotros como se puede decir que en las sienas y en los pulsos palpitan los latidos del corazón. El es la vida en su fuente y nosotros somos los vivientes. El cristiano es un ser empapado de Cristo, penetrado, llevado por la vida de Cristo. Su vida propia debería ser en él algo sin importancia, sin trascendencia; la vida de Cristo se ha de abrir paso en el cristiano a través de sus egoísmos.

Encerrando en pocas palabras todo lo que hemos dicho en esta larga introducción, podemos afirmar que desde la muerte de Cristo, durante los veinte siglos de historia cristiana, una nueva realidad maravillosa ha existido sobre la tierra; en el silencio y en lo profundo de la vida de los hombres un misterio sublime se ha ido desarrollando a lo largo de los siglos: EL MISTERIO DE CRISTO EN NOSOTROS.

La Madre del Cristo místico

Veamos ahora cuál es el papel de la Virgen en el misterio de Cristo.

Aclaremos primero algunos térmi-

nos. Vamos a hablar de un Cristo histórico y de un Cristo místico. Los dos son realísimos, concretos, existentes; mejor dicho, es un mismo Cristo que actúa su única vida en dos planos diferentes. El Cristo histórico es el que está enmarcado geográficamente en los límites de Palestina y cronológicamente por los treinta y tres años de su vida visible —carpintero, profeta, crucificado— entre los judíos de la época de Augusto y Tiberio, y que, terminada su carrera terrestre visible, reina con su humanidad gloriosa en los cielos y está presente con ella, bien que invisible, en el sacramento del altar. El Cristo histórico se prolonga en el Cristo místico que se hace invisible y vive en los hombres sin límites de espacio ni de tiempo.

La Virgen, Madre del Cristo histórico, no deja, no puede dejar de ser, de continuar siendo la Madre del Cristo místico. Sólo hay un Cristo y sólo hay una Madre de Cristo: María. La acción maternal que ejerció en la tierra sobre el Cristo histórico, continúa ejerciéndola sobre el Cristo místico. Ella, que interviene de una manera fundamental, esencial, en la Encarnación, continúa interviniendo de una manera fundamental, esencial, en la prolongación de la Encarnación. “No podríamos quitar a la Virgen sin modificar gravemente la fisonomía de Cristo y del cristianismo: sería suprimir el punto preciso en el que Dios toma contacto con nosotros” (6). Así pudo decir Pío XII: “el culto a la Madre de Dios es un elemento fundamental en la vida cristiana” (7).

Es interesante observar cómo todo lo de Cristo se ha continuado misteriosamente en nosotros: su vida (el Misterio de Cristo), su perdón (el Misterio de la absolución), su cruz (el Misterio de la Cruz: la Misa), su Madre (el Misterio de María).

También la Maternidad de María se prolonga en nosotros. Donde haya vida de Cristo que se inicia allí está la Ma-

dre, tanto en el pesebre de Belén como en lo escondido de todas las almas que un día empezaron misteriosamente a vivir en Cristo, injertadas en Cristo. Cristo nació en Belén y sigue naciendo cada día: y allá donde haya una cuna, habrá una madre. “La Madre de Jesús prosigue la obra que fué suya por excelencia, el cuidado maternal del Hijo de Dios que se prolonga ahora en los miembros de su Iglesia” (8).

La cuna de la Iglesia es el Cenáculo, donde empezó el día de Pentecostés el Misterio de la vida de Cristo en los hombres. Allí estaban presentes, como la mañana de la Anunciación cuando empezó la vida histórica de Cristo, el Espíritu Santo y la Madre (9). María, que ha estado oculta durante la vida pública, aparece de nuevo en el momento de la muerte de Cristo —el grano de trigo se deshace para que surja la nueva vida— y en los comienzos de la Iglesia niña de Jerusalén. “Ella fue la que por medio de sus eficacísimas súplicas, consiguió que el Espíritu del divino Redentor, otorgado ya en la Cruz, se comunicara en prodigiosos dones a la Iglesia recién nacida el día de Pentecostés” (10).

Sin ella todo languidece

Qué profundamente luminoso aparece así el papel de María en nuestra vida. Cuántas almas vacías, cuántos pesebres que están esperando inconscientemente la llegada de la Madre para que nazca en ellos Cristo. En cuántos de nosotros la vida de Cristo es algo incipiente, débil, medio escondido en las cenizas de nuestro egoísmo; allí debe estar la presencia de la Madre para cuidar, para hacer crecer, para alimentar. “Y prodigó al Cuerpo místico de Cristo, nacido del Corazón abierto de nuestro Salvador, el mismo materno cuidado y la misma intensa caridad con que ca-

(6) EMILE MERSCH, *Theologie du corps mystique*, Paris 1944, p. 213.

(7) AAS, XXXIX, pág. 628.

(8) Pío XII, AAS, XXXVI, pág. 542.

(9) Hechos de los Apóstoles, I, 14.

(10) «*Mystici corporis*» AAS XXXV, p. 246.

lentó y amamantó en la cuna al tierno Niño Jesús" (11).

Me miran constantemente sus ojos cargados de preocupaciones maternas y el calor de su Corazón cuida lo más maravilloso que hay en mí, que es la gracia, la vida de su Hijo; la cuida, la alienta, la hace crecer, como cuando lo hacía en Nazareth. Sin Ella todo se trastorna, languidece y muere. Pero no, podemos vivir con la absoluta seguridad de que una Madre nos abraza con la ilusión de su mirada sonriente y nos tiene constantemente bajo el influjo reconfortante de su acción materna.

Es tanta nuestra solidaridad con Cristo, hemos quedado tan ligados a El, es tan verdad que vivimos su misma vi-

(11) «*Mystici corporis*» AAS XXXV, p. 246.

da que Cristo ha nacido, ha vivido, ha muerto y ha resucitado con nosotros y nosotros con El. Dice S. Pablo que hemos sido *con-crucificados* con Cristo (12), *con-sepultados* (13), *con-resucitados* (14); luego con la misma verdad podemos decir que hemos con-nacido con El. Empezamos a ser hijos de la Virgen el mismo día de la Anunciación. "Sólo Ella por su dignidad trasciende los cielos y la tierra... Pero cuando la Virgencita de Nazareth balbuceó su fiat al mensaje del ángel y el Verbo se hizo carne en su seno, Ella fue no sólo Madre de Dios... sino también... Madre de todos los que por medio del Espíritu

(12) Gálatas, II, 19.

(13) Romanos, IV, 6; Colosenses, II, 12.

(14) Colosenses, III, 1; II, 12.

OBRA DE COOPERACION SACERDOTAL HISPANOAMERICANA

La preside el Sr. Arzobispo de Zaragoza, con la celosa colaboración de los Srs. Obispos de Guadix, Murcia y Auxiliar de Madrid.

Ha celebrado 27 cursillos para sacerdotes. De estos círculos han salido 343 sacerdotes destinados a 72 diócesis Iberoamericanas procedentes de 51 diócesis españolas.

Funda en este último decenio:

—un Seminario Teológico en Madrid, en el que estudian actualmente 80 alumnos.

—el Seminario Colegio de San Vicente (Salamanca), con 40 alumnos iberoamericanos.

—el Colegio San Pío X en Roma.

También en Comillas cuenta la Obra con un grupo de seminaristas que se incorporarán a la OCSHA.

Ha enviado un número de seglares a la Rep. Dominicana y se preparan otros para el apostolado en Puerto Rico y Patagonia.

Se halla empeñada en la edición en gran escala de los Evangelios, para contrarrestar el influjo bíblico protestante.

OCSHA puede gloriarse de sus realizaciones en los pocos años que lleva de vida, y soñar en magníficas perspectivas futuras gracias a la cooperación generosa del pueblo español.

Santo constituirán un solo cuerpo con su divino Hijo por cabeza” (15).

Formamos con Cristo una unidad tan estrecha que nada le hará independiente de nosotros: nace con nosotros, vive con nosotros, muere con nosotros, reina con nosotros, se siente Hijo de María con nosotros, venera a su Madre y la ama con nosotros.

Cristo en nosotros y la Madre de Cristo

Nuestro punto de mira hasta ahora ha sido desde la Virgen hacia el Cristo místico. En adelante analizaremos la vida de Cristo en nosotros y sus relaciones con la Virgen.

A la luz de todo lo que hemos dicho, la historia de la Iglesia es la historia de *la vida de Cristo* desarrollándose a través de los siglos.

Para un ser intelectual y libre vivir es ante todo el ejercicio de sus dos grandes facultades: conocer y amar, con toda la gama de afectos, inclinaciones, predilecciones. En Cristo, por tanto, su vida es conocimiento y amor. Por encima de todo, conocimiento y amor al Padre. No hay más que abrir los Evangelios por cualquier página para darse cuenta de ello. Como su vida se prolonga en nosotros, también en la Iglesia el amor al Padre lo llena todo. Aquellas llamadas de Cristo: *Padre... Padre...*, se han continuado en los *“Padre nuestro que estás en los cielos”* de todos los tiempos y de todos los rincones del mundo. Era algo que tenía que surgir en la Iglesia en cuyo interior bulle la vida de Cristo. *“Puesto que sois hijos, envió Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: Abba, Padre” (16).*

Lo mismo podemos decir de la predilección de Cristo por los que sufren: S. Juan de Dios, S. Vicente de Paul, Cottolengo...; de su preocupación por los niños: S. Juan Bosco, S. Juan Bau-

tista de la Salle... Y todo ello no por que la Iglesia haya imitado desde fuera, por así decirlo, la conducta del Maestro, sino como idénticos efectos de una misma vida que bulle en ambos, en Cristo Cabeza y en Cristo Cuerpo.

Que en el interior de Cristo ardía la llama del cariño a su Madre es algo indiscutible. En el primer instante de su vida encarnada se sintió tan plena y absolutamente dependiendo de Ella que su misma vida latía a impulsos del Corazón de aquella mujer humilde y llena de gracia que se llamaba María. El, con toda su infinita grandeza, tuvo que decir a su Madre: A tí te debo la vida. Y aquellos treinta años —la mayor parte de su vida— de vida oculta en la aldea fueron para Cristo treinta años de convivencia diaria con su Madre, de conversación continua con Ella, de obediencia filial, de compenetración total. No puede dudarse de que en la vida de Cristo ocupaba un puesto muy importante su Madre. En su interior Ella estaba siempre presente. Necesariamente, por tanto, en la vida de la Iglesia tenía que estar siempre presente la Madre de Cristo, tenía que ocupar también en su vida (que es la misma vida de Cristo) un puesto muy importante. No puede extrañarnos que la vida de Cristo, toda ella penetrada del cariño filial a su Madre, al empapar a los cristianos, al vivificar a los cristianos, produjese en ellos ese mismo cariño y ese mismo sentimiento filial. Cristo sigue amando a su Madre en nosotros. Nuestro amor y nuestra profunda veneración a la gran Madre de Dios no son algo independiente del amor y de la veneración que Cristo profesa a su Madre; son diversos efectos de una misma vida que se esconde en El y en nosotros. *“Y siendo verdad, como nos dice S. Pablo, que Dios envió desde el cielo a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama Abba, Padre, se puede afirmar sin temor a exageración que todo hijo de Dios recibe en el día de su Bautismo al mismo Espíritu divino para clamar di-*

(15) Pío XII, AAS XXXIX, 271.

(16) Gálatas, IV, 6.